

Paisajes del agua

Elodia Hernández León. Dpto. Ciencias Sociales. U. Pablo de Olavide

Fuentes y pilares son hitos en el paisaje que simbolizan usos y disfrutes colectivos frente a la privacidad con la hoy se gestiona el agua

El agua tiene una virtualidad para quienes defendemos que los paisajes ante todo son culturales, la de ser exponente preciso de cómo los paisajes no existen con independencia de las miradas e interpretaciones que los construyen. El agua por mucho que fluya libre, sin canalizar, está connotada, ostenta gran capacidad de evocación y ocupa un lugar privilegiado en las diversas elaboraciones culturales de los paisajes.

La aproximación a los paisajes de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche resulta compleja si atendemos a las diversas percepciones que entrecruzadas los construyen; si nos referimos a los paisajes vividos por los habitantes, viajeros, turistas o artistas. Pero en cualquier caso, en unos y otros paisajes, el agua aparece reiteradamente como un elemento identificador de la Sierra, es elemento clave en la construcción de las imágenes territoriales. En las descripciones de este territorio se destaca entre sus singularidades la abundancia de agua por oposición al referente de Andalucía más identificada con paisajes secos: "comarca rica en agua en la Andalucía seca, conserva todavía un patrimonio valiosísimo de fuentes y sus derivados" (MEDIANERO HERNÁNDEZ, 2004: 78).

Una abundancia relativa que no equivale a una indiferencia por su posesión, por el con-

trol de este recurso. La organización de los sistemas de aprovechamiento del agua nos está manifestando la apropiación del espacio por los diferentes grupos. Fuentes y pilares son hitos en los paisajes que simbolizan usos y disfrutes colectivos frente a la privacidad con la que se gestiona hoy el abastecimiento del agua en las casas: "El agua al entrar en las casas se aleja paradójicamente e irremediablemente del ciudadano" (CANTERO MARTÍN, 2004: 263).

Tanto si recorremos las calles de los municipios serranos como si atravesamos sus numerosos senderos y veredas, encontraremos fuentes, manantiales y acequias que nos hablan de la continua interrelación del hombre con su entorno, del continuo entre las calles edificadas y los campos que las circundan, trascendiendo la recurrente separación entre lo urbano y lo edificado frente a lo *natural del campo*. Los caminos trazados al agua territorializan un espacio cultural antes que natural.

Lo que hoy con ojos ajenos, sin compartir la memoria de los que crecieron junto a ellos, admiramos como elementos aislados, son testigos mudos de unos sistemas de aprovechamiento del agua complejos cuyas partes tendían a ser complementarias. Los distintos y diversos usos del agua, desde los económicos



➤ Embalse de Aracena / JAVIER ROMERO, IAPH



Estrategia de protección

Desde la Delegación Provincial de Huelva se ha impulsado, en coordinación con la Dirección General de Bienes Culturales, la protección de un rico patrimonio etnológico vertebrador de un Paisaje Cultural fuertemente vectorizado por un elemento, el agua, que aquí lejos de ser un bien escaso, es, por contra, auténtico protagonista de un patrimonio cultural inserto y concurrente con un patrimonio natural conformador de un contexto físico fuertemente antropizado, el del Parque Natural de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche.

Esta iniciativa de catalogación patrimonial se enmarca en una línea de trabajo que persigue la caracterización, inventario y protección efectiva del patrimonio cultural identificable en espacios naturales protegidos, postulando la vocación cultural de un patrimonio natural que es también patrimonio cultural en cuanto que ese medio físico ha sido antropizado para acoger, entre otras formas patrimoniales, una arquitectura hidráulica vernácula, que, como señala Fermín Seño Asencio, antropólogo redactor del expediente de catalogación, surge respondiendo a distintas *soluciones tecnoculturales a las necesidades de captación, distribución y almacenamiento del agua, con una serie de materiales y técnicas constructivas propias e identificativas del lugar.*

Las Jornadas sobre Paisajes Culturales celebradas en Ronda en julio de 2003, promovidas por el Instituto del Patrimonio Histórico Español, abordaron la cuestión de los llamados *Paisajes del agua* centrando el discurso en la huella paisajística trazada por las grandes infraestructuras marcadas por la ingeniería civil hidráulica y su labor vertebradora de ese territorio al que surte y del que se nutre. El ejemplo onubense que nos ocupa, centra su discurso, por contra, en una arquitectura erróneamente denominada menor, unas formas patrimoniales vernáculas que ilustran el tránsito entre el medio rural y el urbano de la mano de norias y molinos del rodezno, así como las lievas, acequias y albercas, que son germen del conjunto de cultivos irrigados y de los ruedos agrícolas periféricos a los núcleos de poblamiento serrano.

La centralidad de fuentes y lavaderos, enmarcados en el hecho urbano, en ocasiones sazonados de una pretetendida monumentalidad simbólica, ha servido de germen y catalizador del urbanismo de unos pueblos que en ocasiones han surgido en su derredor o desde trazados viarios que en ellos confluyen.

La estrategia de protección de este amplio conjunto patrimonial de orden etnológico pasa por la superposición de distintas categorías de inscripción en el Catálogo General del Patrimonio Histórico Andaluz (CGPHA).

Partiendo del expediente de inscripción genérica colectiva en el CGPHA de los bienes etnológicos de la cultura del agua de la Sierra de Aracena y Picos de Aroche, que pretende la identificación de los mismos como integrantes del Patrimonio Histórico Andaluz, la significación de alguna de estas formas patrimoniales ha permitido formular propuestas de inscripción específica con la categoría de lugar de interés etnológico de ámbitos como el conformado por la Fuente Redonda, la red de lievas y acequias, la alberca (conocida como *La Laguna*), y el conjunto de cultivos aterrazados irrigados del municipio de Cañaveral de León.

Las fiestas, los valores inmateriales que llegan de la mano de estas actividades etnológicas, culminan el puzzle patrimonial de este territorio. Son fiestas en las que el agua es el motivo relacional, o incluso central, y referente de una realidad patrimonial intangible fundada en su innegable simbolismo enraizado en la conformación de unos espacios para la sociabilidad. A lo largo de siglos el agua ha surcado este territorio y en su fluir ha ido marcando en lo más profundo de la cultura de sus pueblos un poso que permite erigirla en seña identitaria y en referente de un auténtico Paisaje Cultural que es en sí un paisaje de la cultura del agua.

Juan José Fonderilla Aparicio
Jefe de Servicios de Bienes Culturales
D.P. Cultura de Huelva



📍 Paisaje de Cañaveral de León / ANICETO DELGADO, IAPH

y de sociabilidad hasta los simbólicos, confluían superpuestos en estos sistemas de abastecimiento de los que hoy podemos percibir sólo parte cuando observamos un lavadero restaurado, un pilar o un abrevadero.

Los paisajes del agua serranos nos hablan de usos que forman parte de la memoria de las gentes. Hubo un tiempo en el que el agua era la energía para la molienda del grano e incluso de la aceituna en los molinos, posteriormente convertidos en ruinas, algunos recuperados más recientemente y conocidos por su patrimonialización o restauración para usos turísticos, otros olvidados y ocultos bajo la maleza del desuso. Entre los primeros destacamos las intervenciones sobre los molinos de Arroyomolinos de León, y, entre los segundos, la aceña, hoy Mesón el Molino en Alájar, mientras que son numerosos los ejemplos de molinos hidráulicos en ruinas repartidos por toda la sierra. Sean rui-



📍 Puente de Linares de la Sierra / JAVIER ROMERO, IAPH

📍 Alberca en Cañaverale de León / JAVIER ROMERO, IAPH

nas apenas reconocibles, o testigos recuperados, los molinos, en los núcleos y en las afueras de la vasta sierra, jalonan los ríos y cauces de agua para transformarla en energía con la que obtener el pan y el aceite. También son abundantes los pilares y abrevaderos esenciales para los pastores y arrieros, las acequias y lievas para el riego. Y desde luego las fuentes, más conocidas hoy, primordiales para el abastecimiento, fueron llenándose de boato institucional y coronando los lugares centrales, entre los ayuntamientos y las iglesias, de los municipios.

Los lugares del agua, fuentes, pilares, abrevaderos y lavaderos tenían unas funciones de abastecimiento e higiene tan necesarias como básicas, pero también eran espacios para la sociabilidad de hombres y mujeres. Función ésta, tan relevante como aquéllas, pues tanto unos usos como otros garantizan la reproducción social, de ahí su convivencia y estrecha

unión. De hecho la segmentación de usos pende más de una mirada analítica y actual de los elementos del agua que de una compartimentación de las vivencias en torno a estos lugares de quienes fueron sus usuarios.

Justamente por ser espacios de encuentro y de duro trabajo de mujeres y hombres, por los valores y significaciones adheridas al agua así simbolizada, por ser hitos de apropiación del espacio social, como recurso colectivo y público y, en definitiva, por ser parte de la memoria de las gentes de la sierra, la patrimonialización de los paisajes del agua cobra sentido.

Los serranos evocan y se reconocen a través de los lugares del agua. Sin embargo el proceso de revalorización de estos espacios, bajo los tradicionales esquemas de tratamiento del patrimonio centrado en el objeto, que privilegia las construcciones



● Pilar de Santa Olalla del Cala / JAVIER ROMERO, IAPH

más antiguas o monumentales, produce, desde nuestra perspectiva, ciertas distorsiones. Ocurre a menudo que los valores intangibles asociados a la edificación, justamente aquellos que las dotan de sentido patrimonial, se escapan. Comparemos dos imágenes, acaso postales, que se reproducen con frecuencia en las guías y publicaciones para los visitantes de la sierra: el muy fotografiado lavadero de Linares de la Sierra (ver imagen p. 69) que se conserva en buen estado, mimado por sus vecinos y vecinas que aún lo utilizan, frente a otros recuperados en obra y abandonados incluso por el agua. En relación a esta cuestión de la continuidad en los usos y la relevancia que toman algunos de estos espacios para la identificación de la población local señalemos ejemplos como los del Pilar de Encinasola, o la Fuente de los doce caños de Galarozza revalidados por su uso simbólico en fiestas locales.

Más invisibles en el paisaje, olvidados en los procesos de patrimonialización, se encuentran los sistemas de riego de las huertas serranas, quizás por su menor materialidad o porque los caminos del agua surcan tierras de las que hoy se quieren destacar sus cualidades naturales. Las formas de riego, la organización de los derechos de uso y, en general el saber hacer y usar y tratar a este recurso constituye, desde nuestro punto de vista, uno de los aspectos más destacables de la denominada cultura del agua. Sin embargo este punto se encuentra ausente en la difusión de los paisajes serranos, en las imágenes más estandarizadas que nos representan a un patrimonio natural y cultural fijado en lo más tangible, en lo definido por ciertas miradas que ensalzan la riqueza de lo elaborado desde cánones "cultos". Y si desconocemos cómo se ha tratado al agua ¿podrán nuestros sentidos continuar disfrutándola?



En recuerdo de José María Medianero

José María Medianero (Sevilla, 1956-2005) fue Doctor en Historia de Arte y profesor titular del Departamento de esta especialidad en la Universidad de Sevilla. Tuvo un curriculum académico sobresaliente en el que destacan el Premio Extraordinario de Licenciatura, el Premio del Ayuntamiento de Sevilla al mejor expediente académico y el Premio Nacional Manuel Corchado de Investigaciones Histórico-Arqueológicas.

Por su compromiso con la cultura andaluza optó inicialmente por una alternativa profesional alejada del mundo académico: fue coordinador de la sección de Arte del ambicioso proyecto editorial de la Gran Enciclopedia de Andalucía, trabajó para la administración autonómica en la preservación del patrimonio artístico de nuestra Comunidad y formó parte activa de asociaciones preocupadas por la situación del patrimonio como el Centro de Investigación del Patrimonio Artístico Andaluz y del Observatorio Andaluz para la Economía de la Cultura y el Desarrollo.

Sin embargo, la investigación y la docencia constituían su vocación más querida, y volvió al mundo académico. Su labor investigadora entonces se relacionó fundamentalmente con aspectos variados del arte medieval, contando con numerosas publicaciones. Persona inquieta abordó, por tanto, temas muy variados. Fruto de su relación de cariño con la Sierra de Aracena fue su incursión en el estudio de las manifestaciones artísticas emanadas de la cultura popular y, en este sentido, ha sido uno de los primeros historiadores del arte andaluces que se han dedicado a este ámbito.

Su presencia ha sido notable, con ponencias y comunicaciones, en las Jornadas del Patrimonio de la Sierra de Huelva, participaciones que luego se han concretado en los libros *Empedrados decorativos de la Sierra de Aracena* (1997), y *Fuentes y lavaderos en la Sierra de Huelva* (2003). Este último constituye un estudio sistemático de todas las obras vinculadas con la arquitectura popular, desde una metodología fundamentalmente histórico-artística, sin renunciar a realizar aportaciones de interés para otras disciplinas.

El impacto de su estudio supuso un punto de inflexión en la lenta pero inexorable destrucción de un legado, aún vivo pero olvidado, y provocó el cambio de aptitud de algunas autoridades locales, como sucedió con la lectura de su ponencia en las Jornadas del Patrimonio celebradas en Cortelazor en 1998, pues, tras ella, la alcaldesa se comprometió públicamente a sustituir una desafortunada fuente decorativa - recién implantada en la plaza principal de la población-, y restaurar el viejo lavadero.

Respetado por sus compañeros y apreciado por sus alumnos, su repentina y dolorosa desaparición, en un momento de plenitud creativa y personal, ha supuesto un duro e injusto golpe para su entorno familiar y para sus amigos, en los que ha dejado una profunda e inolvidable huella.

Antonio Fajardo de la Fuente
Pedro Suárez Rodríguez



📍 El Pilar. Cañaveral de León / JAVIER ROMERO, IAPH



📍 Fuente del Barranco, Carboneras (Aracena) / JAVIER ROMERO, IAPH

En la revalorización de los lugares del agua a menudo se escapan los valores intangibles asociados a la edificación, que los dotan de sentido patrimonial



📍 Fuente lavadero de Corteconcepción / ISABEL DUGO, IAPH

En la Sierra hay lugares emblemáticos, paisajes de los lugareños asociados al disfrute, al crecer con el agua y junto al agua, que se revisten de simbolismo: la Laguna de Cañaveral de León, el Pilar de Encinasola, La Rivera de la Peramora en Aroche, las fuentes de la Higuera en Fuenteheridos, La Rivera en los Romeros... Y muchos otros no asociados al agua que recoge F. J. Ojeda (2002: 71-91).

Junto a estos paisajes de la memoria, otros difundidos y recreados por los nuevos habitantes. Diferentes miradas sobre el agua se enfrentan en su apropiación hoy. La abundancia del agua en la sierra, relativa de por sí, dada la irregularidad estacional, se torna en escasez cuando se abusa de ella, transgrediendo los principios básicos que organi-

zaron su uso y que tradicionalmente sirvieron para minar las asperezas y conflictos que surgen en el proceso de apropiación individual de un recurso colectivo. Se enfrentan diferentes usos en un mismo espacio, coexisten diferentes miradas, que hacen peligrar la continuidad de muchos de los pasajes construidos por la memoria de los paisanos. La explotación agresiva y abusiva sobre los cauces y acuíferos por la presión de quienes llegaron atraídos por una visión idílica de una naturaleza, de la que manan aguas abundantes al servicio de quienes las capturen, puede terminar por presentarnos a una sierra en la que cada vez más los elementos del agua, los edificios, arruinados o restaurados, se encuentren sin el alma, sin el agua, en permanente y desoladora sequía.